

Hace algunos meses al costear el Mississipi, entreveía á la América del pasado, bajo la América del presente, y la primera lucha de exterminio entre las Pieles Rojas y los Anglo Sajones del último siglo.—Y de nuevo termina en un conflicto entre gentes de sangre enemiga este primer brote de civilización. La gran República salida de los primeros colonos de Massachusetts, tan íntima, tan necesariamente anglo-sajones en su idioma y en sus leyes ¿se verá sublevada, rota y destruida por esos elementos extranjeros que al parecer no ha absorbido y transformado de igual modo en estos últimos años? Aquí la lucha de las clases no es sino aparente. Hay en ella todo un duelo étnico y pueden seguirse sus peripecias en la historia del *labour movement*, como aquí se dice, detalle por detalle, casi año por año.

Uno de los economistas mas conocedores de este país, el profesor M. Richard Ely, ha escrito esta historia con gran conciencia y mucha imparcialidad. Aunque se haya colocado bajo el simple punto de vista del analizador, la serie de los hechos, tal cual los expone, muestra desde luego la alternancia de una y otra corriente; de la corriente americana y de la corriente extranjera en esa vasta colada de la inundación obrera. Así también en la confluencia de algunos rios persiste la diferente coloración de las aguas sin mezclarse por largo tiempo.

¿Quereis ver en trabajo y enteramente sola por lo pronto, á esta alma americana? Miradla trabajar en los primeros ensayos de organización comunista que ha intentado y que por la locura de su principio sobrepujan á las peores utopías del más extravagante colectivismo. La encontrareis semejante á sí misma; toda voluntad y por lo mismo preocupada desde luego con los problemas de responsabilidad—toda ac-

ción y por tanto, profunda, íntimamente realista en los detalles de su empresa, aun cuando su objeto final sea una quimera.

Tenemos, por ejemplo, la comunidad de los *Perfectionnistes* de Oneida, obra insensata, si las hay, en su primera concepción. Un antiguo estudiante de Yale, ayudado por otros estudiantes de la misma Universidad la fundó. Estaban tan embriagados estos jóvenes con su absurda lógica que inscribieron en su programa el *free love*, el amor libre, so pretexto de que el exclusivismo es tan culpable con relación á las personas como refiriéndose á las propiedades. Si se estudian las reglas prácticas de una sociedad establecida así contrariando el instinto más profundo de la naturaleza humana, el de la familia, queda uno pasmado al ver que estos utopistas en la doctrina, fueron, en su aplicación hombres de una psicología muy prudente y muy segura. Para no citar sino un detalle, se les ve organizar en su extraña comunidad el *mutual criticism*, el derecho de crítica pública y recíproca "con el fin de utilizar, según dicen, esta fuerza perdida de observación que, en el mundo, se desperdicia en habladurías y en inútiles maledicciones." Si se considera el resultado financiero de su tentativa se demuestra su hábil administración por medio del balance de su liquidación. En 1881, habiendo renunciado á su programa de reformas para concretarse á una simple sociedad cooperativa, se encontró que su activo era de seiscientos mil *dollars* para doscientas personas ó sean quince mil francos por cabeza. Ahora bien, habían comenzado con recursos ínfimos.

Examinemos de la misma manera otra comunidad no menos excepcional en sus principios, la de los *Shakers* de Mount Lebanon. Bajo el misticismo reli-

gioso, lo que en ellos domina es el conocimiento práctico y sabio de las verdaderas condiciones de la vida humana. Daniel Fraser, uno de los más avanzados en edad de los hermanos, iba repitiendo sin descanso:

—“Las dos bases de la moralidad son el trabajo de la tierra y la higiene.”

Costumbres regularizadas, alimento escogido científicamente, casas bien canalizadas, cuartos bien ventilados y temperatura vigilada constantemente—tales son las minuciosidades á que desciende su Ética y aun á otras más humildes aún.—“En Mount-Lebanon, refiere el profesor Ely, aprendí á cerrar una puerta sin que nadie pudiese oír el menor ruido.”—“Ésta es una lección de *shakerismo*, me dijo Daniel Fraser, es el *shakerismo* reducido á la punta de un alfiler . . .”

En eso se reconoce, bajo una forma sencillísima y que hace sonreír, el sentimiento del escrúpulo y la vigilancia sobre sí mismo cuyo sentimiento no es sino un caso particular del sentimiento agudo de responsabilidad. Allí también se encuentra el realismo inocente de la vida conventual que asegura la riqueza con tanta prontitud á los monjes y con tan débiles recursos. En tales comunidades todo se observa y en un grado tan elevado de disciplina no podría sostenerse sin virtudes superiores de orden y de economía. ¿Estamos bastante lejos de la atmósfera donde se desencadenan los revoucionarios modernos?

Mas, los Perfeccionistas, los Shakers, han ensayado tentativas de orden social muy aislado y muy arbitrario. Las características del alma popular se marcan en Estados Unidos, con claridad más perceptible en el desarrollo de las simples sociedades

obreras. Pues estas asociaciones han sido en realidad obra de los trabajadores, una especie de herramienta cívica fabricada por ellos, para su uso y adecuada á sus necesidades profundas.

Aquí las dos corrientes son tanto más visibles cuanto que la segunda no apareció sino después de la primera y muy tarde. Hasta el día siguiente de la guerra de Secesión, todas las sociedades formadas por los obreros manifestaban, casi sin excepción, los caracteres distintivos de la raza anglo-sajona en su variedad americana. Primeramente fueron los *trads-unions*, todos profesionales y todos locales como los de Inglaterra; tales fueron, la asociación de tipógrafos de Nueva York y la de los *house-carpenters* de Boston, fundada en 1812.

El programa de esta última sociedad, se liga perfectamente al linaje de sus espíritus para quienes Robinson es siempre el tipo ideal, enteramente indiferentes á las vastas teorías generales, pero que son positivas, que son morales, que tienen una fuerza de iniciativa muy personal al servicio de sus intereses y que poseen ardientes convicciones cristianas. La carta de los carpinteros dice que se ligan con el objeto “de gobernar por sí mismos sus asuntos propios, de administrar sus propios fondos, de estudiar los inventos particulares á su arte, de ayudar á los obreros sin empleo con préstamos de dinero y socorrer á los enfermos y á sus familias. . . .”

Si se hubiese hablado á esos hombres intrépidos de una reforma universal, si se les hubiera predicado una refundición violenta de las relaciones entre el que emplea y el empleado, una cruzada del trabajo con el capital, con evidencia puede decirse que no hubieran comprendido nada de estas peligrosas palabras. Querían mejorar su condición de trabaja-

dores pero como trabajadores, porque en efecto eso es lo único práctico y moral y lo conforme á la vez con el principio de dar al César lo que es del César y también verdaderamente útil y de utilidad cierta é inmediata. Por lo demás no es esta la fórmula completa del problema social: mejorar al rico como á rico, al noble como á noble, al burgués como burgués y al obrero como á obrero?

El mismo espíritu de realismo cristiano y de pacientes progresos, continuó animando las uniones más amplias que, á partir de 1825, unieron entre sí, de ciudad en ciudad, á los obreros del mismo oficio ó á los obreros de oficios diferentes en la misma ciudad. En 1833, Ely Moore, el presidente de los *General trades-unions* de la ciudad de Nueva York, en un remitido célebre que fué la primera manifestación del socialismo americano, habla únicamente "de elevar la condición intelectual y moral de los trabajadores, de reducir la línea de demarcación entre el obrero y el patrón y de administrar mejor los intereses pecuniarios del pobre."

Sin embargo, esa sociedad de los *General trades-unions* preveía ya el peligro de los medios violentos, pues uno de los artículos del reglamento prohibía "que ninguna corporación de trabajadores de un oficio se declarase en huelga para obtener salarios más elevados, sin que el motivo de esta huelga hubiera sido examinado por el consejo central." Era tal, por lo demás, el nacionalismo de los obreros americanos en ese período, que uno de sus jefes, Stephen Simpson, de Filadelfia, en un manual que se hizo prontamente popular, denunciaba, con indignación enteramente puritana, las costumbres, las ideas y la literatura de la Europa como el manantial de todos los abusos en los Estados Unidos. Otro

gran jefe de obreros proclamaba igualmente la necesidad "de detener la usurpación extranjera y de interrumpir su perniciosa influencia sobre la salud moral y política del país."

Las asociaciones que van multiplicándose hasta 1860, son casi todas y de hecho profunda y celosamente patrióticas. Permanecen siéndolo no tan sólo en sus títulos, sino en sus reivindicaciones que nunca suponen ningún trastorno. Una limitación más humana de las horas de trabajo, una distribución más generosa de los socorros, mayores facilidades de educación y una escala más equitativa de los salarios, tales son las ideas racionalísimas y muy moderadas que pasan y vuelven á pasar sin cesar en los programas.

Para realizarlas se atienen los obreros al empleo de los medios más prácticos, los más conformes con el viejo genio anglo-sajón de iniciativa y de libertad: provocan suscripciones personales, preconizan hábiles maniobras electorales, fundan periódicos y estudian problemas técnicos. Así, la asociación de los sombrereros de América fundada en 1854, se ocupa desde luego de la cuestión de los aprendices. Pretende limitar su número para con ello limitar también el número de los obreros entre quienes se repartirá el trabajo.

Siguiendo á esas diversas ligas en sus esfuerzos y en su propaganda se siente uno poseído de profundo respeto por tantas conciencias como están ocupadas en la investigación de lo mejor, por su viril aceptación de la suerte, por su energía tan sostenida y tan lúcida. Se comprende lo que valía, lo que aun vale el yankee de buena cepa, aquel en quien se ha impreso la potente tradición de los primeros colonos de la Nueva Inglaterra, y se da uno cuenta

exacta de la admirable y súbita desviación introducida en este movimiento por la segunda corriente, la que ha hecho posibles discursos como los de M. Debs en Chicago, en los que denunciaba á una de las grandes Compañías del país del mismo modo que un jefe de bárbaros señalaría á una ciudad que debieran convertir en ruinas: "*We will side-track Pullman and tris cars together.* Arrojaremos á los rieles Pullman y á la vez á sus carro," y acusando al gobierno de despotismo militar, por haber hecho un simple uso de la policía!

Después de la guerra de Secesión fué cuando la influencia extranjera comenzó á hacerse perceptible á la vez que aumentaba año por año la inmigración. Durante la guerra todos los americanos de nacimiento ó de corazón estaban en el ejército y la mano de obra extraña reemplazaba á la nacional. Este reemplazo continuó en el período que siguió y que se señaló por una enorme germinación industrial. Fueron necesarios brazos y más brazos y como, por otra parte, los medios de transporte eran de día en día más fáciles, los inmigrantes afluyeron. El Atlántico se convirtió en el gran exutorio por donde escurrió todo lo que la vieja Europa y en particular la Alemania contenían en estado de descontentos.

Este último país, verdadera patria del socialismo revolucionario, había ya, desde 1848, enviado á América los primeros agitadores que sembraron, en ese suelo de voluntad realista, palabras de trastornos absurdos y de utopías sangrientas. No debían germinar sino veinte años después. Un sastre de Magdebourg, Wilhelm Weitling, prisionero en su propio país y después proscrito por el delito de propaganda, había desembarcado en Nueva York. Desde luego ayudado por Henry Koch, también alemán, fundó

una sociedad revolucionaria alemana: la *Arbeiterbund*. Un tercer alemán, amigo de Karl Marx Weidemeyer, no tardó en unirse á ellos. Estos tres hombres pueden ser considerados como muestras notabilísimas de un tipo hoy muy común en Estados Unidos: el del agitador cosmopolita que importa á un país que absolutamente conoce, las teorías revolucionarias que ha constituido según los abusos de otro.

Los tres desembarcaron, traían ya formadas sus convicciones y su carácter estaba hecho. Weitling tenía cuarenta años, Henry Koch treinta y dos. Weidemeyer empleó su juventud en conspirar en su patria. Ninguna de las ideas que traían era americana, ni tampoco las manifestaciones que aunque sin resultado inmediato provocaron, fueron americanas. Así es que, establecido en New York un club comunista en 1857, bajo su dirección, se apresuraron á celebrar al año siguiente un aniversario ¿Cuál? ¡El de la insurrección de Junio en París! Una multitud inmensa de hombres y mujeres de todos los países, menos de América, tomó parte en ella.

Esta sociedad, esta fiesta y este club, eran el prólogo del gran drama de internacionalismo que hoy se representa desde Boston hasta San Francisco. En aquel entonces ni aun pronunciada era esa palabra "internacional." Ahora y más, después que en 1872 el gran consejo de la Asociación Internacional de trabajadores se trasladó á New York, se encuentra en centenares de programas y en millares de artículos publicados por periódicos que se imprimen en varias lenguas.

Aun cuando no se encuentre la palabra, el espíritu internacional se halla en la alteración esencial de los principios sobre que se basaban las sociedades

verdaderamente americanas. Hánse excluido por completo las declaraciones religiosas. Llámense las Ligas *Socialistic labour Party*, *International workmen Association*, *International working*, *People Association* ó *Central labour Unions*, los *S. L. P.* y los *I. W. A.*, así como los *I. W. P. A.* y los *C. L. U.*, no contienen nunca ideas cristianas. La arrogancia del materialismo ha reemplazado en sus jefes, á la solemnidad semi-mística de los obreros aun imbuidos en el espíritu de los *Pilgrim Fathers*.—[1] "*The Church—dicen brutalmente—finally seeks to make complete idiots out of the mass, and to make them forego the Paradise on earth by promising a fictitious Heaven.*"

Con el cristianismo se han ido la humildad de corazón y la noble sumisión á las leyes fundamentales de la vida humana, formuladas una vez para siempre en el Decálogo. Sin duda repudian todavía la violencia en los medios, algunos oradores, por más que propongan la revolución como fin, pero basta ver las prácticas, para convencerse de que en el fondo de todos los pensamientos domina la terrible frase de la declaración de Pittsburgo:

"*Destruction of the existing class rule by all means, i. e., by energetic, relentless, revolutionary and international action.*"

"Destrucción de la ley de las clases, tal como existe, por todos los medios, es decir, por una acción enérgica, infatigable, revolucionaria é internacional."

En consecuencia, no más soluciones lentas y prudentes, no más positivismo inteligente y voluntario,

(1).—La Iglesia busca por fin de cuentas, de embrutecer las masas. Enseña á sacrificar el paraíso de la tierra á cambio de un cielo imaginario.

esencia del alma americana. No más tradición. Acabaron los recuerdos de la gran guerra de independencia, que acercaban entre sí á los pobres y á los ricos, para llevarlos á un orgullo común: el de pertenecer al más libre de los pueblos. Los exaltados del partido expresaban el sentimiento que los otros apenas disimulaban, cuando, desplegando la bandera negra en Chicago, en 1844, exclamaron:

"Por primera vez aparece sobre tierra americana este emblema del hambre y de la desesperación, testificando que nuestro pueblo llegó ya á las mismas condiciones que los demás pueblos. . . ."

Lo que piensan de América los internacionalistas, lo decía brutalmente uno de sus órganos, el *Freiheit*:

"—En este país, el mejor tribunal y el que menos cuesta, es todavía el juez Lynch. . . ."

En todas estas tendencias se reconoce el sombrío y violento socialismo germánico, del que han salido el nihilismo ruso y el anarquismo francés. Es el mismo que han traído consigo tres millones de alemanes en los últimos treinta años, el mismo que fermenta á través de las monstruosas huelgas como la de Chicago. El es quien ha derramado su destructor metal en el molde de las asociaciones formadas tan práctica y sólidamente por los primeros *Trade-Unionist*. Gracias á él han crecido, deformándose, esas asociaciones. Debido á él se han organizado verdaderos ejércitos, cuyos soldados no se conocen entre sí y que se han formado so pretexto de federaciones obreras. Los mandan generales que ó son extranjeros ó hijos de extranjeros, y que son perfectamente indiferentes al porvenir dichoso del país que les ha concedido hospitalidad, así como también á su pasada historia. Aun aquellas sociedades, que, como los

Caballeros del Trabajo, conservaban la tradición del idealismo cristiano, están hoy impulsadas por jefes novicios en lo relativo á la revolución internacional y ha podido M. Debs, el mes pasado exclamar con un orgullo que es al menos americano por la concepción del *record*, la siguiente frase:

—“Vamos á inaugurar la más grandiosa huelga de caminos de fierro que haya visto el mundo.”

Y tenía tras sí, este declamador siniestro, veinte mil hombres.

A veces acontece que una de las ilustraciones de un periódico encierra en la ocurrencia feliz de una caricatura toda una situación política ó social. De ese modo, á la terminación de la huelga de Chicago, un dibujo del *Fun*, concretó en una leyenda y tres figuras, todo el alcance y todas las enseñanzas de esa huelga. El tradicional Jonathan, está en pié junto al *rocking-chair* y tiene las manos en los bolsillos. En el ángulo de su boca, completamente rasurada, sostiene un cigarro que deja apagar. Aun olvida consumir su copa de *Wiskey and Soda* que ha sentado sobre el mostrador. Su melancólico y demacrado rostro de pómulos salientes al que alarga más la legendaria piocha, expresa profunda meditación. En su chaleco ostenta las trece estrellas que representan los trece Estados primordiales y que están también en sus monedas. Frente á él se mira á un policía colosal que tiene agarrado del cuello á un personaje que bien puede ser un paisano ruso ó un obrero bávaro, y que viste camisa de franela, pantalones metidos en el cañón de altas botas y un sombrero de fieltro sin engomar:

—“Me ha obligado usted á que le arreste, Debs, pues esto no era una huelga; era una revolución.”

Tal es la frase que pronuncia Jonathan, sério y

hemático, como cualquiera que ha comprendido y quiere. ¿Qué ha comprendido? Que los recién venidos están á punto de acabar en su propia casa un trabajo irreparablemente hostil á todas sus ideas, á toda su conciencia y á todo su pasado. Lo que quiere á todo precio, aunque pierda la vida en la empresa, es impedir esa desintegración de su patria. El formidable movimiento de Chicago ha tenido una cosa buena: haber sentado el problema con claridad tan trágica que hizo forzoso tomar una determinación y la gloria de M. Cleveland consiste en haber obrado en esta agitación del Oeste, se entiendo, proporcionalmente como en otro tiempo obró Lincoln con respecto al Sur.

Ese primer episodio, verosíblemente, no puede ser considerado sino como un prólogo. Viendo el mapa de los Estados Unidos y pensando que desde Chicago hasta el Pacífico todas las ciudades de ese inmenso país están pobladas por estos advenedizos, se entreve la posibilidad amenazante de la escisión de esos dos pedazos del vasto continente que nada de común tienen ya, ni en sus recuerdos, ni en sus ideas, ni en sus aspiraciones, pero ni aun en su idioma. De nuevo se presenta la imagen de Lincoln, con su cara, enteramente parecida á la del Jonathan de la caricatura, y se concibe que si volviese á este Chicago de donde salió y que se ha germanizado tan terriblemente después de su muerte, gritaría él también la palabra de guerra:

—“*Bound to stop you....* Es fuerza que arreste yo á usted.....”

Así como la cuestión de la esclavitud no fué sino un campo de batalla en el que chocaron dos civilizaciones contradictorias la del Sur y la del Norte, parece que por momentos en la hora actual, el Este

y el Oeste buscan también un terreno en que medir sus fuerzas ó por mejor decir no el Este y el Oeste sino la América de los americanos y la América de los extranjeros. El *Silver Bill* fué uno de esos terrenos. La huelga de Chicago fué otro. La cuestión social es un tercero, pero permanente, y sobre el que tal vez se librará esa batalla decisiva. Las grandes fórmulas de reforma social no tienen ni más partidarios sinceros, ni más sentido común en Estados Unidos que los que pueden tener en Francia. La infinita complejidad de una civilización no se modifica al antojo de nuestras revoluciones, aun las más justificadas, ni al de nuestras teorías, aun las más inteligentes. Exceptuando un cortísimo número de insensatos, todo el mundo admite, en su fuero interno, esa verdad evidente, aunque también casi todo el mundo diga lo contrario.

Y eso es debido á que bajo esos problemas, que se consideran insolubles, palpitan otras fórmulas reales é irreductibles. Una de ellas es el instinto de la raza y puede evidenciarse en Estados Unidos, mejor que en parte alguna. El día en que el exceso de inmigración haya creado, en Estados Unidos, dos Américas en la misma América, el conflicto entre esos dos mundos será tan inevitable como el de la Inglaterra y el de la Irlanda, como el de la Alemania y el de Francia, como el de la China y el Japón. No es contra su patrón contra quien el obrero americano de Nueva York, de Filadelfia y de Baltimore, hará la guerra. Es contra el obrero extranjero contra quien se pondrán de acuerdo él y su patrón.

En resumen, en esta vasta democracia se ha elaborado una forma enteramente particular de civilización, que fué su origen Anglo-sajona. Hay otra que está á punto de elaborarse á través de las aso-

ciaciones cosmopolitas y que nada tiene de común con la primera. Y si esta segunda fuerza termina, por huelgas muy generalizadas y por ilegalidades violentísimas, en una enfermedad de la vida nacional, entonces la guerra civil estallará.

Pretenden los pesimistas que esa guerra está próxima. Los optimistas hacen la observación de que por una parte parece ser que disminuye la inmigración y que por otro lado la asimilación, aunque ha llegado á ser más lenta y más difícil, se verifica sin embargo de modo irresistible y que los extranjeros se americanizan año por año y casi día por día. Demuestran además, que el Cristianismo sigue disputando al materialismo las masas revolucionarias y que los pastores protestantes rivalizan en celo con nuestros obispos católicos siempre que se trata del pueblo. No es un ministro reformado quien ha dado esta fórmula que se creería escapada del generoso corazón de Mgr. Ireland:

—“Dicen los teólogos que el problema consiste en introducir á las masas en la Iglesia. Pero yo afirmo que el problema está en introducir la Iglesia en las masas. La levadura es la Iglesia. La pasta son las masas, y esa levadura será la única que las levantará.”

Agregan los optimistas que en América los capitalistas son hombres que están penetrados todavía de la energía primitiva, y que en caso necesario sabrán defender sus intereses con vigor personal enteramente diferente de la espiritual debilidad de los nobles de 89 ó de la indolente cobardía de los rentistas europeos de 1894. Para el psicologista que percibe en esta sociedad americana experiencias que no tienen análogo, los años venideros tendrán mayor interés aquí que en cualquiera otra parte, pues-

to que después de haber patentizado todas las novedades de este Nuevo Mundo, se queda uno admirado al reconocer que en el fondo, este continente, bajo formas particulares, atraviesa por las mismas crisis que el antiguo. Si el problema social en Estados Unidos, no es sino un problema de nacionalidades, acaso el problema político de Europa, armada hasta en la muerte, ¿es otra cosa? Tan cierto así es, que las ideas y las constituciones, las doctrinas y los sistemas, no son sino apariencias bajo las que se oculta un corto número de hechos, siempre los mismos desde que el mundo es mundo, siempre irreductibles y reales como la duración y como la extensión, primeras y últimas condiciones de nuestro ser, de nuestra actividad, de nuestros triunfos y de nuestros desastres;—y entre estos hechos, el más irreductible, el más real y el más esencial, puede que sea *la Raza*.

VII

LOS DE ABAJO.

II—HACENDADOS Y CRIADORES DE GANADO.

Para medir con mayor exactitud el grado de fuerza revolucionaria que representa en Estados Unidos el socialismo internacional, sería necesario saber hacia qué lado se inclinaria, en caso de un conflicto decisivo, la inmensa población agrícola del Oeste; esos hacendados que producen una tal cantidad de trigo, que sería bastante para alimentar á toda América y á toda Europa; esos criadores que abastecen

con tan continuo aflujo de animales los gigantescos rastros de Chicago.

Aun allí se encuentra el elemento extranjero, pero profundamente envuelto, penetrado y corregido por el elemento nacional. Rara vez va un americano del Este al Oeste para hacerse obrero. Prefiere correr las eventualidades de fortuna más rápida y de independencia, que son inherentes al cultivo de la tierra tan fértil y de la crianza de caballos tan productiva, (1) así como también las de la busca del oro. Se hace arrendatario, *cow boy* ó minero. De este modo se explica el abandono de que ya he hablado de las pequeñas casas rurales de New-Englandss, Pero si es difícil adivinar el verdadero modo de pensar de un obrero, aun cuando se conozcan las asociaciones de quienes depende, los periódicos que lee, los discursos que dice y los que oye, y los jefes cuya influencia sufre, ¿cuánto más difícil será penetrar el alma del buscador de oro en su *placer*, la del criador de caballos en su vivac, y sobre todo, la del hacendado con su vida tan localizada, con sus largas meditaciones y con la oscuridad casi vegetativa de su propia conciencia?

A este último es á quien debe procurarse conocer á todo precio, pues es el que forma el fondo mismo de esa inmensa población. ¿Pero qué procedimientos usar para alcanzar ese fin? Se sabe que su suerte es dura, peor que eso, apurada y mortífera. Los viajeros que han seguido al labrador de Khansas, del Missouri ó del Yowa en su *log-house*, concuerdan en pintarlo como á uno de los más probados entre los

(1) Las medias de nacimiento, que no pasan del 50 p 100 en el estado de civilización, llegan al 70, al 80 y al 90 por ciento en la pradera.